

SERMON

DE BENDICIÓN DE BANDERA DE UN REGIMIENTO.

*Et ponam in eis signum, et mittam
ex eis..... ad eos, qui non audierunt de
me..... et annuntiabunt gloriam meam
gentibus.*

Y pondré una señal en ellos, y enviaré de ellos..... á aquellos que no oyeron de mí..... y anunciarán mi gloria á las gentes.

(Isaías, c. LXVI, v. 19.)

He aquí, bravos soldados de mi patria, las palabras con que el Dios de los ejércitos, constante protector de los escuadrones de su pueblo escogido, anunciaba por boca del hijo de Amós á ese mismo pueblo, á sus tropas, á las naciones más feroces y bárbaras del universo, como á las más civilizadas y cultas, la señal que pondría en medio de su hueste invencible, el estandarte que alzaría en Israel, la bandera que levantaría y haría aclamar en toda su línea de batalla, en lo más alto de los montes, según otro pasaje del mismo Profeta, en Sión primero y en toda la tierra después, para que fuera vista y saludada por todo el universo.

Y he aquí también cabalmente las palabras que nuestra santa Madre Iglesia, siempre oportuna en sus aplicaciones bíblicas, coloca en los labios del Sacerdote español, al comenzar la celebración de los Divinos Misterios, en el solemnísimo día

de la festividad de nuestro Apóstol, patrón y primer general en jefe, Santiago: ¿necesito ya deciros cuál es esa señal y esa bandera? ¡Lo adivináis ya! ¡La española!

¡Bandera gloriosa, enseña sin igual, estandarte santo que tantas veces oyó en Clavijo, en Simancas, en el Salado y en Las Navas de Tolosa, en las llanuras del Betis como en las cumbres de Sierra Nevada, el grito estridente y triunfante de *Santiago y cierra España!* ¡Pendón inolvidable que tremoló un día en dos mundos y dominó, como la señal de que habla el Profeta, en Africa los alfanges marroquíes, como en la vasta extensión de las Américas *á las gentes que manejan el arco y la flecha*, como en Italia y Grecia (siguiendo la letra de Isaías) al nombre de Gonzalo de Córdoba, y de Roger de Flor, el caudillo de catalanes y aragoneses! ¡Bandera de la cruz y del honor, de la conciencia y del esfuerzo invencible, yo te saludo!

Ahí la tenemos, señores: ese pedazo de tela va á ser convertido dentro de poco en señal consagrada por la religión y bendecida por la patria y aclamada por los bizarros individuos y clases de este distinguido cuerpo, y dedicada al Jefe del Estado, del que sois fieles y juramentados servidores: todo eso, que no es ciertamente poco, lo simboliza esa bandera, que desde hoy tendrá su guardia de honor y será saludada por toda la fuerza y llevada por uno de vuestros bravos oficiales, al cual presta su nombre desde ese momento; podrá morir en el campo del honor vuestro jefe, el de la brigada ó división de que forméis parte, el general de todo un numeroso cuerpo de operaciones, y sin embargo la victoria y el honor quedará de vuestro lado; y aunque no quede, os retiraréis acaso, y sin acaso, con mejor y mayor gloria llevando vuestra bandera: ¡pero si la perdéis! ¡No, no! ¡La bandera, ó se retira llena de girones y de sangre, ó queda, de seguro, entre los cadáveres de los soldados de este regimiento en el campo de batalla! ¿No es verdad? No necesitáis responderme: no necesito vuestra respuesta, porque sois soldados españoles.

Y qué, señores, ¿os extraña este lenguaje, que acaso estimáis demasiado bélico en los labios de un ministro del Dios de paz? Ya os he dicho que ese Dios es llamado también, y no pocas veces, en la Escritura divina, Dios de los ejércitos: y si bien sé, además, que la paz es el ideal de Dios, como la guerra el de Satán, esto no obsta para que la guerra justa no sea reprobada por ese Dios en cuyas manos y voluntad está la victoria y la suerte de los combatientes: Dios de paz ante todo, señores, la desea, y aminora por los infinitos medios que están á su alcance los estragos de esa á veces necesidad horrible: por eso el soldado, el que ejerce la noble profesión de las armas, necesita ante todo ser cristiano; sin serlo no puede corresponder á los deseos y á las aspiraciones de Dios en orden á la milicia; sin serlo no puede servir bien y fielmente al Jefe del Estado y á la patria, que son los tres santos lemas que están invisible y divinamente escritos entre los pliegues de esa bandera.

Dios mío, vuestra es, bendecidla: Dios mío, salvad al Rey, os diré con la frase del Libro Santo, y oye á la patria, á nosotros en el día en que te invocamos: lo hacemos para el provecho espiritual de este discurso, por la mediación poderosa de María.

AVE MARÍA.

Que la bandera de un regimiento católico debe ser ante todo de Dios, es propósito que vuestra misma piedad y vuestro razonamiento imparcial ha de probar mejor que yo pudiera hacerlo en seguida; que sin ese Dios, que tantas veces se nos manifiesta imponente en la tempestad, entre el fulgor de los relámpagos y el sordo retumbar de los truenos, de nada servirían esos instrumentos de destrucción tan adelantados en nuestros días, y que en otros, mejores para nosotros, hicieron creer á los salvajes del Nuevo Mundo que los españoles éramos dioses porque manejábamos el trueno y el rayo á discreción, y

monstruos inconcebibles y espantables, porque suponían al caballo y al ginete fabricados de una sola pieza.

Dios, por otra parte, señores, tiene su ejército junto á su trono en el cielo, y venció una sublevación militar acaudillada por Lucifer, su general más bello, quedando Miguel, expresión de su fortaleza y de su poder, constituido para siempre generalísimo de sus eternos é innumerables ejércitos, y continuando la lucha entre las huestes fieles y rebeldes aquí en el mundo, y la custodia y centinela de uno de esos hermosos soldados celestiales para cada hombre: los reinos, las ciudades, las iglesias particulares, en fin, tienen también cada una ese invisible centinela; y en este cuerpo de operaciones infatigable y valiente, ni penetra el temor ni hace desfallecer la fatiga, ni alienta ya jamás la insubordinación: divididos en grados y gerarquías, contento cada cual con su puesto de honor, y de vigilancia, y de trabajo, los ángeles, esos esforzados batallones de que estoy hablando, se reúnen bajo la bandera de Miguel, que es la Cruz, y ante ella renuevan sin cesar sus protestas de adhesión, de fidelidad y de obediencia.

Vengamos ya á los ejércitos de la tierra: abrid, os lo suplico, por solo un momento y por cualquier página, el Libro Santo de los Macabeos, y allí veréis el ejército de Dios, si no queréis verlo en el que sacó Moisés de Egipto, en el que acaudillaron Gedeón, y Jepté, y Sansón, y Barac, y los Jueces todos, y los Reyes de Israel y de Judá, peleando contra los incircuncisos y ocupando en cien sangrientos combates la tierra á sus padres prometida; contemplad los triunfos de Simón, de Judas y de sus hermanos; el auxilio angélico prestado no pocas veces á esas huestes de la fe y del valor; la espada entregada á su caudillo más celebrado por venerables difuntos: ¡ah! ¡No cerréis, si así gustáis, ese libro imponderable, y en cada línea, en cada letra, veréis que Dios es el primer lema de una bandera militar que se estima por los que bajo ella se cobijan! ¡Que aquellos verdaderos héroes no temían por sí, ni por sus familias, ni por su país, sino por la destrucción inminente de

su pueblo, por la pérdida de su religión, si triunfaba la enemiga hueste.

Pero cerrad si queréis ya el Libro de Dios, y hojead ligerísimamente también la Historia: Sebastián, Plácido, Mauricio, el caudillo de la legión Thebea, llamada *Fulminadora* por la muerte y destrucción que por do quiera sembraba; los cuarenta soldados mártires de Sebaste; Luis de Francia, el de las Cruzadas; nuestro Santo Rey Fernando; el genovés Colón, Pizarro, Hernán-Cortés, Elcano, Magallanes y Legazpi, probarán siempre y por siempre al mundo que la bandera de los soldados de tierra y mar en las naciones católicas, y sobre todo en España, ha llevado por primer mote el nombre sacrosanto de Dios, y en Él, y con Él, y por Él ha triunfado en las más arduas empresas.

Y aunque ese Dios es universal, porque es Dios de todos; aunque es el mismo Dios que invocan, en frase del Apóstol de las gentes, el griego, el romano, el medo, el persa y el escita; aunque en el seno de sus creencias augustas todo tienda al único rebaño y pastor que prometió en el Evangelio, formando de todos los pueblos una sola verdadera y única inmensa familia, unida por los lazos indestructibles de esas mismas creencias, con todo, no excluye de esa fraternidad universal el dulce y sagrado nombre de la patria: ya en los antiguos tiempos eligió un pueblo entre todos, para formar de él su heredad predilecta: en su seno nació, según la carne, su Verbo, y ese humanado Verbo consagró á ese pueblo, su patria, con predilección su existencia, su amor y su enseñanza; volved á hojear el Libro de los Macabeos, y veréis que ese pueblo se batía como el nuestro en las invasiones arábiga y francesa por su independencia y por su patria.

¡Patria! ¡Nombre de mágico encanto para el soldado que caerá herido por defender su bandera, en la cual ve inscrito bajo tan hermoso apellido y lema el nombre del pueblo que le vió nacer, la cuna que le recogió en su infancia, los lugares en que pasó esa edad sin penas, los besos de sus padres y los

cariñosos abrazos de su familia, y los recuerdos de la amistad y del paisanaje! ¡Mucho la quiere, puesto que muere por ella! ¡Y en aquellos instantes supremos, la bandera que flota en el espacio-le muestra al cielo y al suelo de que es hijo!

Pero, al contrario, si la suerte os es favorable y alcanzáis en el combate la victoria, y vencéis sin sucumbir en la demanda, soldados de mi patria, queridos de mi alma y de mi corazón, portaos, lo espero, como soldados españoles, siempre generosos con el vencido: pensad que el primer lema de vuestra bandera es Dios, y que ese Dios, ante todo, es el Dios de la paz, y de la compasión, y de la caridad, y de la mansedumbre, y de la misericordia; el Dios, en fin, de la parábola del Samaritano! ¡Y aquel enemigo que se rinde, aquel soldado extranjero, y herido mortalmente quizás, es católico como sus vencedores! ¡Y aunque no lo fuera, tiene una patria y un hogar, y tristes y supremos recuerdos! ¡Y esa *patria* está escrita en la bandera del vencedor como en la del vencido, en la bandera cogida, como en la enhiesta y triunfante!

¡Con cuánto cariño, pues, habéis de mirar á esa bandera, y pronunciar ante ella vuestros juramentos de fidelidad! El cuarto de banderas, soldados, es vuestra casa, y vuestro país, y vuestro pueblo, y vuestros padres, y vuestra familia, y vuestros amigos, y todo, para vosotros que visteis tantas lágrimas corriendo por las mejillas de los que os amaban al despediros! ¡Esa bandera, en fin, sostiene vuestra esperanza! ¡Y cuando os despedáis de ella, acaso lloraréis también! ¡Y la recordaréis toda vuestra vida! ¡Y cuando la veáis algún día llevada por vuestros sucesores, no podréis menos de exclamar, aunque la veáis deslucida y vieja, llevando en sus pliegues la orgullosa marca de su antigüedad y de sus proezas: ¡Ahí va la bandera de mi batallón! ¡Ahí va la bandera de mi regimiento! ¡Ahí va el estandarte de mi escuadrón ó batería!

¡Y os sentiréis gozosos y rejuvenecidos! ¡Y la saludaréis como se saluda á un antiguo amigo! ¡Y referiréis á vuestra familia y á todos los que quieran oírlo los gloriosos hechos

llevados á cabo bajo los pliegues de esa enseña tan querida para vosotros como los sagrados objetos que para vosotros simbolizaba un día!

¿No escucháis los acordes de nuestra incomparable Marcha Real española? Es que esa bandera que pasa por vuestro frente representa al Rey, no menos que á Dios y á la Patria; es que ese Dios, que al contemplar esculpida en la moneda tributaria que con insidioso fin le presentaban sus adversarios la efigie del Soberano reinante, ha pronunciado las palabras que han de aplastar eternamente la hidra de la discordia entre la Iglesia y el Estado, al menos por parte de la primera de ambas potestades: *Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César*; es que Jesucristo ha inculcado el principio de autoridad bajo cualquier forma de Gobierno, y San Pablo lo ha repetido, y lo ha intimado bajo el anatema formidable de la conciencia, y la Iglesia lo practica, y lo recomienda, y lo mandá: es, pues, esa bandera de Dios y de la Patria, representación de ambos en el Jefe del Estado.

¿Por qué, si no, se le tributan honores reales? ¿Por qué recibe vuestros juramentos? ¿Por qué los más solemnes documentos, y hasta los fallos terribles de la ordenanza, se leen ante esa señal veneranda que presencia y autoriza todas vuestras glorias y alegrías, como parece lamentar todas vuestras desdichas y dolores? ¿Por qué muchas veces envejecida ó manchada en sangre descansa en los reales Museos y Armería? ¿Por qué adorna nuestros templos en unión de las tomadas gloriosamente al enemigo, constituyendo sus paredes en archivo de nuestras pasadas grandezas, cual sucede en la Real Basílica de Ntra. Señora de Atocha? Porque es la señal del Rey: pero no lo olvidéis, soldados, oficiales y jefes que llenáis ahora esta casa de Dios: al venir aquí habéis probado que la bandera es de Dios, Rey de Reyes y Señor de los Señores, Monarca eterno é invisible de los siglos, cuyo reinado, predicho por Daniel, ha de superar los más fuertes imperios, y no ha de concluir jamás; después la Patria, que os cría católicos como ella;

por fin, el Rey, que representa en lo espiritual á Dios, en lo temporal á esa Patria querida.

Bravos jefes, oficiales, clases todas y soldados de este distinguido cuerpo, esa bandera va á salir de este templo consagrada por las ceremonias augustas del culto de nuestros padres, y santificada por ese triple lazo: cuidadla, porque vale mucho; que á vosotros se os entrega, y de ella sois responsables en el cielo y en la tierra, ante Dios, ante la Patria, ante el Rey, como sois responsables de esas armas que os entregaron para su defensa: oidlo bien, para la defensa de todos y cada uno de esos imponderables lemas.

¡Bandera bendita, ¿cuál será tu suerte? Yo no sé si te harás pedazos en manos de nuestros valientes, envejecida en cien batallas y curtida por el sol, la lluvia, el aire y el humo de la pólvora, ó si caerás prisionera y servirás de trofeo á nuestros enemigos en extranjerías exposiciones!.... ¡Cualquiera que sea tu destino, bandera española, tú levantarás siempre con orgullo tu frente, vencedora ó vencida; porque siempre serás la bandera que dominó en dos hemisferios, que pobló los mares, que temió y respetó la Europa y el mundo asombrados de tanta gloria! ¡Siempre serás la bandera de Lepanto, de Otumba, de San Quintín, de Pavía y de Ceriñola!

¡Mi Dios! De tu mano la toman estos valientes, y de ella esperan asimismo el auxilio necesario para luchar y vencer; para vencer, sobre todo, á los eternos enemigos del hombre, para vivir la vida de soldados cristianos y buenos españoles, y poder cobijarse bajo ese pendón de su Patria en la celestial eterna de la gloria.—Amén.

CROQUIS DEL SERMÓN DE BENDICIÓN DE BANDERAS DE UN REGIMIENTO.

*Et ponam in eis signum, et mittam
ex eis.... ad eos, qui non audierunt de
me.... et annuntiabunt gloriam meam
gentibus.*

(Isaïæ, c. LXVI, v. 19.)

Y pondré una señal en ellos, y en-
viaré de ellos.... á aquellos que no
oyeron de mí.... y anunciarán mi glo-
ria á las gentes.

Exordio. Palabras del texto aplicadas literalmente á la solemnidad del momento.—La señal.—Santiago.—La bandera española.—Dios, Patria y Rey su lema verdadero y eterno.

Dios. Su poder ostensible en el mundo físico.—La tempestad.—El ejército y las batallas del cielo.—Ejércitos de Dios en la tierra.—Israel, y sus luchas y sus victorias.—Los Macabeos.—La Historia profana.—Sebastián, Mauricio, Plácido.—Soldados de Sebaste.—Primeros soldados españoles.

Patria. Dulce idea consagrada por Dios.—El pueblo predilecto.—No se opone á la fraternidad universal.—Consejos á los soldados sobre el modo de conducirse en la victoria.—Lo que representa para el soldado esa bandera para toda su vida.—Museos.—Armerías.—Templos.

Rey. Doctrina de la Iglesia.—Representación soberana.—Apóstrofe á la bandera.—Súplica.

SERMÓN DE ÁNIMAS.

*Nunc scio vere, quia misit Dominus
Angelum suum, et eripuit me.*

Ahora sé verdaderamente, que el
Señor ha enviado su Angel y me ha
librado.

(Act XII, v. 11.)

¡La muerte! he ahí el término de todas las ambiciones, y de todas las esperanzas, y de todos los proyectos, y de todos los planes, como también de todos los desengaños, de todas las amarguras y de todas las ilusiones del hombre, durante su triste y brevísima peregrinación por este valle de miserias, que se llama vida, únicamente como destello y muestra fugaz, y harto incompleta, de la vida eterna, sin fin, para que ha recibido esta transitoria.

¡Pero cuán diferente es, amados hermanos, la muerte en el seno de la Iglesia Católica, y en las cátedras del materialismo, del vicio y de la impiedad! Mientras en éstas todo se aniquila en el hombre después de la muerte, según los más avanzados, y por desgracia más numerosos de sus prosélitos en este desdichado siglo; mientras, según otros que renuevan los delirios de la *metempsychosis* ó transmigración de los espíritus, las almas alquiladas, digámoslo así, por diferentes individuos y para distintas habitaciones, jamás gozan descanso, ni premio, ni castigo eterno cual merecieron sus acciones, sino que sirven como de juguete á Dios, que sólo crió un determinado número de ellas para todos los hombres que habían de existir en la serie inmensa de los siglos; mientras otros las hacen dormir in-